

No sólo se publican novelas premiadas

Ismael Bermúdez

El tema de los premios literarios en este país, aunque no sólo por estas tierras, continúa siendo de juzgado de guardia. Los dos últimos concedidos han sido el hipermillonario premio Planeta y el Nacional de Narrativa. Ya es costumbre y por eso quizá sea excesivo «rasgarse las vestiduras» a estas alturas. Sin embargo, parece necesario apuntarlo una vez más, puesto que se acercan las Navidades, una de las épocas más propicias del año para la compra de libros.

El premio Planeta, de sobra conocido en todo el mundo, debido principalmente a que es el de mayor dotación económica, ha recaído, azares del destino, en una escritora «de la casa», como diría el señor Lara. Lucía Etxebarría acumula en su haber tres premios sonados, el Nadal de Destino, el Primavera de Espasa y, reciente-

mente, el Planeta con *Un milagro en equilibrio* (editorial Planeta). Curiosamente, las tres editoriales pertenecen al grupo Planeta, con lo que de este modo se aseguran de dos cosas: las ventas que favorecen este tipo de premios y la explotación en exclusiva de la «gallina de los huevos de oro».

En cuanto al premio Nacional, la cuestión cobra tintes más pesimistas y negativos, ya que se trata de un premio otorgado por una entidad pública, como es el Ministerio de Cultura, a la mejor novela del año anterior. Alguien podrá destacar el sin sentido que rige el hecho de que el gobierno destaque una obra por encima de otras, con el grado de arbitrariedad que esto conlleva, y no le faltaría razón. Aún más, en los casos como el de este año, en los que se comete una tropelía tan notoria. La novela ganadora ha sido *La*

vida invisible de Juan Manuel de Prada (en el grupo Planeta deben de estar celebrándolo, ya que de Prada es otro de sus pupilos; ha recibido el premio Planeta y, con esta misma novela, el primavera de Espasa (ya sólo le falta el Nadal), dejando atrás a novelas y libros de cuentos de mayor calidad como *El eco de las bodas*, de Luis Mateo Díez, *El heredero*, de José María Merino, *El hijo del acordeonista*, de Bernardo Atxaga o *Largo noviembre en Madrid*, de Juan Eduardo Zúñiga (al que se podría haber resarcido de su injusto olvido por parte de los agentes culturales, públicos y privados, de este país).

Por fortuna, también se publican otros libros, además de los premiados a bombo y platillo, que merece la pena recomendar desde estas páginas.

El primero de los libros que querría señalar, a pesar de que se publicó el año pasado, es, precisamente, uno de los que optaban al premio Nacional: *El heredero*, de José María Merino. Su autor, que pertenece a uno de los grupos literarios más activos y de calidad garantizada en el panorama actual, el grupo leonés, es un magnífico cuentista y un notable novelista, y así lo demuestra en su último libro. No sólo es una de esas historias con la fascinación y el atractivo de los mejores relatos orales, sino que además, nos ofre-

ce un resumen muy lúcido del siglo pasado, a través de los ojos de su protagonista, Pablo Tomás. Merino se aprovecha de un tema muy recurrente desde la novela del siglo XIX: la configuración de la personalidad del ser humano, en esa fase en la que todos asentamos nuestra individualidad como reflejo de la sociedad y sobre todo de nuestra familia.

La enfermedad de la abuela del protagonista y el regreso a la casa de las vacaciones infantiles sirven como acicate de una indagación que le remite al fundador de la dinastía hasta llegar a él mismo, el heredero. Todo en la novela posee un carácter simbólico, pues, más allá de una temática que es bastante común en la novelística del siglo pasado, Merino acierta en su planteamiento porque logra un tono y un desarrollo que superan el tópico y lo actualizan. Si esta tipología narrativa solía basarse en una estructura lineal, un narrador externo y un protagonista que solapaba al resto de personajes, el autor leonés evita caer en esta práctica mediante una estructura que rompe la linealidad y que acoge las voces de otros personajes, dado que el narrador de la historia es el propio protagonista. De este modo, la obra se convierte en un fresco histórico muy cercano al lector y en una historia entrañable.

La siguiente novela que me gustaría recomendar, también pertenece a un autor del llamado grupo leonés, Luis Mateo Díez. *Fantasmas del invierno* es un libro en el que se reconoce fácilmente el sello personal de su autor, por lo que aquellos lectores que conozcan alguna de las anteriores obras de este escritor leonés no quedarán defraudados.

Desde hace ya algunos años, Mateo Díez ha desarrollado una novelística en la que predominan un tipo de personajes muy definidos, los antihéroes o héroes de «medio pelo», como él prefiere llamarlos, que sobreviven al margen de las convenciones sociales y de las clases dominantes que abundan en ciudades de provincias, principalmente en la época de posguerra de nuestro país. Estas mismas ciudades, a su vez, superan el simple estatuto de espacio, para convertirse, junto a sus habitantes, en protagonistas decisivos, de tal modo que no se sabe muy bien quién condiciona a quién.

En *Fantasmas de invierno* ocurre algo parecido. Ordial es una ciudad arrasada de posguerra, que sufre los estragos de un crudo invierno y una brutal nevada. En medio de esta atmósfera fantasmal deambulan los personajes, pero esta vez no sólo se trata de los marginales, también encontramos a los que representan a las

instancias oficiales, a los espíritus de los muertos, a los lobos que acuden a la ciudad en busca de cobijo y comida, e incluso al propio diablo, que encuentra en la perdición de la ciudad el caldo de cultivo idóneo para captar a sus acólitos. Y en el centro de todos, el hospicio y los huérfanos, miserables y desvalidos, que se convierten en símbolo de lo que le está ocurriendo a Ordial (¿y a España?).



Mateo Díez, más allá de otra historia de posguerra, con el hambre, la miseria y la perdición como estandartes, consigue retratar una atmósfera expresionista, mediante la conjunción del espacio exterior de la ciudad y el espacio interior de los personajes. Por eso, esta novela exige una lectura atenta, porque todo se vislumbra a media luz, con diálogos entrecortados y silencios elocuentes; con el miedo y el extra-

vío que obligan a callar lo que se presiente. Esta novela consigue transmitir la realidad profunda en la que la vida luchaba por seguir adelante.



La última novela que me gustaría recomendar es *La voz cantante* de Eloy Tizón. Por su temática y su estructura se asemeja a la última novela del laureado García Márquez, *Memoria de mis putas tristes*, pues en ambas, un personaje en el tramo final de su vida rememora su existencia. Sin embargo, el resultado es muy desigual. La novela de García Márquez incurre en algunos fallos estructurales demasiados obvios, y sólo compensa su exquisito manejo del idioma y su afilada ironía; mientras que Eloy Tizón con-

sigue aunar una estructura correcta, un personaje redondo y atractivo para el lector y un manejo del idioma brillante.

Gabriel Endel, protagonista y narrador de *La voz cantante*, nos brinda un relato en el que pretende dejar constancia de esas miradas que justifican una vida, porque «la biografía entera de cualquier ser humano puede resumirse en la narración de unas cuantas miradas (...) Miradas de amor, de odio, de pesadumbre, de pena». Así, la historia salta desde el presente al pasado, para llegar de nuevo al presente; pero esta vez es un presente nuevo y distinto, fruto de todas las etapas que, habiendo quedado atrás, han sido fundamentales para configurarlo.

En mitad del camino, es decir, del libro, un puñado de frases que podrían formar parte de una exigente antología de máximas y sentencias, y al final, la sensación de haber contemplado, a través de un agujero, una de esas vidas coronadas por la honestidad, la serenidad y el amor. Por eso, no es extraño que el lector, al pasar la última página del libro, sienta la imperiosa necesidad de repasar su propia vida, para averiguar si también la suya ha merecido la pena. ■